

P. 46
B. 201.

Historia de la literatura hispanoamericana

Tomo I

Época colonial

→ Manuel ALVAR → *Bernal Díaz del Castillo*
Rodolfo A. BORELLO
Eduardo CAMACHO GUIZADO
Emilio CARILLA
Jaime CONCHA
Mercedes DÍAZ ROIG
Jean FRANCO
Cedomil GOIÇ
Luis ÍÑIGO MADRIGAL
Bernard LAVALLE
Manuel LUCENA SALMORAL
Giovanni MEO-ZILIO
Walter MIGNOLO
Frank PIERCE
Pedro PIÑERO RAMÍREZ
Daniel R. REEDY
Alfredo A. ROGGIANO
Grínor ROJO
Georgina SABAT DE RIVERS
André SAINT-LU
Kathleen SHELLY

Luis ÍÑIGO MADRIGAL (Coordinador)

SEGUNDA EDICIÓN

CATEDRA
CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

46
7 cop.

Bernal Díaz del Castillo

MANUEL ALVAR

LA VIDA

Seguir los pasos de los conquistadores es galopar levantando un aquilón de polvo, como dijo Heredia. Pero verlos morir en la impotencia de los años, recomidos de evocaciones y nostalgias, es asistir al triste despido del más doloroso acabamiento: «porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír». Este desgarró humano lo signaba Bernal Díaz del Castillo, soldado y colonizador, hombre doñeguil y, a su decir, empobrecido, corregidor de Quetzaltenango y vecino de Guatemala. La verdad nos llega por otros caminos bien poco heroicos: los libros del Cabildo recogen su firma; en 1583, mal que bien, sus ojos seguían los rasgos de la letra; en la primera sesión de 1584, el secretario Juan de Guevara firma por él, pues Bernal «ya no veía». Un poco después, al atardecer del viernes 3 de febrero, ya sólo queda «el blanco muro». Pero esta vida ha contado por algo más que ese despido, que aún nos entristece, y nos entristece aún porque entre heroísmos y vanidades, piedades y miserias, valores y amedren-

tamientos, nos ha dejado un libro que cuenta entre los más apasionantes que jamás haya escrito un soldado. Aquella vida que se extingue en Santiago de Guatemala había empezado su peregrinar muchísimos años atrás, en la ciudad castellana de Medina del Campo entre octubre de 1495 y marzo de 1496. Más de una vez el recuerdo de su pueblo llenaría sus líneas de evocaciones entrañables, pero la vida es, sí, recordar, y vivir es crear ensueños para la evocación. Bernal Díaz del Castillo empezó a urdir su tejido:

Como mis antepasados y mi padre y un mi hermano siempre fueron servidores de la corona real y de los Reyes Católicos, don Hernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria, quise parecer en algo a ellos. Y en aquel tiempo, que fue año de mil y quinientos y catorce [...] vino por gobernador de Tierra Firme, un caballero que se decía Pedrarias Dávila, acordé de me venir con él a su gobernación y conquista.

La vida fue generosa con el soldado. Si no le premió todo lo que él quiso merecer, le concedió a manos llenas algo que —para nosotros, y hoy— vale mucho más: contemplar las gestas y relatarlas, ver nuevas realidades con unos ojos desmesuradamente abiertos, oír palabras inéditas con unos sentidos que acabarían embotados, tener memoria y paciencia para quererse salvar en la memoria de los hombres. Y, consigo, salvar el recuerdo imperecedero de aquellas criaturas que un día se encontraron en las calzadas de México, en los bergantines de Tenotchtitlán, en la Noche Triste, en la expedición de Higüeras y, también, desnudos sus blancos cuerpos sobre la piedra oscura de la mesa de los sacrificios. Bernal vivió todo esto: fue a Yucatán con Hernández de Córdoba (1517) y con Grijalva (1518), acompañó a Cortés y le fue siempre fiel, tanto al levantarse contra la autoridad de Velázquez (1519), como en el hecho de Cholula, al avanzar sobre Tenochtitlán o al guardar a Moctezuma, al retirarse por las puentes de Tacuba o en el desquite de Otumba, al organizar la vida nueva o en los juicios de residencia, en la marcha a Honduras o en el amargo regreso de los vencidos. Después, las gestas heroicas dejan paso a otras menos brillantes, pero más profundas. Bernal en 1538, volvió a España en



Juan de Grijalva

busca de algún premio a sus trabajos; se amparó en su pariente Gutierre Velázquez de Lugo, consejero de Indias, reunió probanzas, alcanzó un corregimiento en Guatemala (1540), regresó a su encomienda (1541), se casó con Teresa Becerra, viuda de conquistador (1544). Volvió a España (1550), pues no era buena su encomienda y quería mejorarla; Gutierre Velázquez le ayuda de nuevo, y todo mejora para el colonizador: retorna a Guatemala y allí se afina (1551); vive en la calle Real, tiene criados y guardaespaldas, posee tierras y se dedica a la ganadería. Tiene también libros, y escribe. El resto, es algo más que su vida de soldado o de colonizador. Antes del 3 de febrero de 1584, Bernal Díaz ha escrito una *Verdadera Historia*; por ella ha merecido la pena evocar los pasos del hombre.

LA «HISTORIA VERDADERA»

Según razonable hipótesis, después del segundo viaje a España comienza a escribir el relato: «lo que yo oí y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré, con el ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer ni a una parte ni a otra [...] y por ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación». Buscar porqués a los móviles de un escritor es una tarea muy poco brillante, tan fácil es caer en el error. El viejo soldado, viejo por 1551, pues ya tenía 56 años, que no eran pocos en el siglo XVI, se encontraba asentado, tranquilo, con tiempo. El recuerdo de la epopeya que vivió se le agrandaría con el paso de los años, y al acercarse la senectud reviviría un pasado de añoranzas; con la poetización de los recuerdos y la insatisfacción que produce siempre la realidad en que se vive. Nada de extraño en el hombre; mucho menos si el hombre ha vivido intensamente y sus ojos en torno sólo van encontrando el vacío:

De todos los que he recontado, agora somos vivos de los de Cortés cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y lo peor de todo muy pobres y cargados de hijos e hijas para casar, y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias.

Qué extraño, si encontrándose ajeno a esa realidad actual, tentara de evocar un pasado glorioso o codiciara salvarse en la memoria de los hombres: «Para que digan en los tiempos venideros: esto hizo Bernal Díaz del Castillo». Pero, mientras en su tranquilidad iba llamando

a los recuerdos, y «estando escribiendo esta relación vi las corónicas de los coronistas Francisco López de Gómara y las del doctor Illescas y la de Jovio, que hablan de las conquistas de la Nueva España, y lo que sobre ella me pareciese declarar, adonde hubiere contradicción lo propondré clara y verdaderamente, y va muy diferente de lo que han escrito los coronistas ya por mi nombrados» (capítulo XVII). La *Hispania victrix* es de 1552; la *Historia pontifical*, de 1564; los *Elogios o vidas breves de los caballeros antiguos y modernos*, de 1568. Estas son, según el propio testimonio, las obras que vinieron a soliviantar los apacibles recuerdos del soldado; contra ellas arremete y, condicionado por ellas, va ordenando o reordenando su propio relato. Claro que es Gómara quien de más cerca le hiere, porque es el más próximo a los hechos y a lo que al buen soldado le afecta; contra él lanza, una y otra vez, sus tiros: «las palabras que dice Gómara en su historia, [...] son todas contrarias de lo que pasó» (capítulo XX), «lo que dice es por nuevas» (XXIX), «todo lo que escribe no le dieron buena cuenta de lo que dice» (XLII), «esto es lo que pasó [...], y no otra cosa que sobre ello hayan escrito Gómara ni los demás coronistas, que todo es burla y trampas» (LII), etc. Pero sobre todo le indigna el nimbo heroico con que rodea a Cortés, con detrimento de sus soldados:

Aquí es donde dice el coronista Gómara que cuando Cortés mandó barrenar los navíos, que no lo osaba publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Motezuma. No pasó como dice, pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en partes que no tengamos provechos y guerras? [LVIII]

Que el coronista Gómara diga hizo Cortés esto, fue allá, vino de acullá, y dice otras tantas cosas que no llevan camino, y aunque Cortés fuera de hierro, según lo cuenta Gómara en su historia, no podía acudir a todas partes [LXVI].

He visto que el coronista Gómara no escribe en su historia ni hace mención si nos mataban o estábamos heridos, ni pasábamos trabajo, ni adolecíamos, sino todo lo que escribe es como quien va a bodas, y lo hallá-bamos hecho. ¡Oh cuán mal le informaron los que tal le aconsejaron en su historia! Y a todos los conquistadores nos ha dado qué pensar, en lo que ha escrito, no siendo así, y debía considerar que habíamos de decir la verdad [LXVI].

Gómara es su obsesión. Injusto con los soldados, sólo piensa en Cortés, como si el cau-

dillo no tuviera sino mundo hostil en su cerco (y «nunca capitán fue obedecido con tanto acato y puntualidad»), y Bernal trata de refutarlo a cada paso hasta que «ya estoy harto de mirar en lo que el coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir» (CII), o como hay mucho trecho «de la verdad a la mentira [...] dejemos ya de contar y traer a la memoria los borrones declarados» (CXXIX). Que alguna vez, Gómara le sirva de cañamazo no tiene nada que ver con esto: simplemente, es el apoyo de una memoria que puede ser falaz y que —humanamente— se vislumbra indecisa. Illescas aducido, y corregido, aquí o allá, muy poco significa en el quehacer del cronista, y nada las escasas citas que hace a Paulo Jovio. Creo que hay aquí una clave para entender a Bernal Díaz: su fidelidad y admiración hacia Cortés, no tienen medida, ni casi reservas. Por encima de todo están la sagacidad, el valor y el prestigio del caudillo; las mezquindades humanas son las que hacen de él no un arquetipo de epopeya, sino la grandeza de hombre. Pero Bernal siente el orgullo de su empresa, tal vez se magnifica a sí mismo, y siente lealtad hacia aquellos soldados que vivieron con él las grandes hazañas, o que se quedaron en el camino. El relato del soldado es el testimonio de unos hombres oscuros, que, apenas con historia, son los que han hecho la Historia. Sociológicamente, el hecho es de enorme trascendencia: a la literatura acceden los seres que habían contado muy poco, no los reyes o los santos, sino los mozos de muchos amos, las mujeres de vida arriscada o los soldados rasos. La literatura española se ha adelantado siglos a las otras literaturas; se dice que el día que Figaro dirige a su señor, la Revolución Francesa se ha cumplido. He aquí otra revolución, literaria, pero no de escasa trascendencia.

Bernal escribe para sí mismo: su propia vanidad y su propia satisfacción o «¿quisieran que lo digan las nubes o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron por alto?». Escribe por sus compañeros, pues los cronistas sólo ponen en sus escritores la «alabanza de Cortés y callan y encubren nuestras ilustres y famosas hazañas». Escribe para que «sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos». No hace falta otra justificación, si justificación le pidiéramos: se trata de una teoría de valores, aceptables desde el testimonio al que llamamos verdad. Pero esta verdad —todas las verdades humanas— pueden ser movedizas.

Bernal Díaz del Castillo ha querido contar lo que su memoria prodigiosa le ha guardado, lo que sus amigos le han dicho, y de lo que no sabe de manera directa, prefiere no hablar. Ciertamente así su historia es incompleta, a las



La batalla de Otumba, lienzo de Tlaxcala

veces con inexactitudes, de vez en cuando trueca los nombres, pero Bernal escribe retazos de vida, la suya y la de sus compañeros, y escribe de una realidad precisa y concreta en la que él actuó y sufrió. No necesitaba rastrear documentos, buscar fuentes, hablar con los indios ni justificar conductas; simplemente contar lo que bien sabía. Somos nosotros quienes sometemos su relato a la alquitara de las erudiciones. Él narró lo que supo y resulta que supo muchas cosas, que las supo con gran precisión y, además, supo contar, no como quería aquel licenciado que le pidió borrador y encontró —Santa Lucía le tenía vueltas las espaldas— «que era muy retórico».

Y regresamos a algo que resulta imprescindible: su historia quiere ser veraz, modifica por completo la perspectiva del relato y aspira a la sencillez del hablar llano. Algunas de estas son las maestrías que deberemos analizar.

CORTÉS Y BERNAL DÍAZ

Un buen estudioso de nuestro cronista, el padre Carmelo Sáenz de Santa María, dice que las *Cartas de Relación*, de Cortés, son la primera fuente documental de la conquista de México, y la *Historia*, la segunda. Otros críticos cambian el orden o introducen nombres nuevos. De cualquier modo se trata de una obra singular y la primera de todas en la descripción de los hombres, en la captación de la realidad y en la adecuación de medios y fines.

Cortés escribe al emperador («me esforzaré a decir a vuestra alteza lo menos mal que yo

pudiere, la verdad y lo que al presente es necesario que vuestra majestad sepa») y esto condiciona un tono y un estilo. Debe hacerse entender; por ello no son muchos los americanismos que emplea (*maíz, ají, patata yuca, canoa*) y aun evita dar el nombre preciso de las cosas, ante el temor de no ser entendido: «Llámase esta ciudad Tezcucó, y será de hasta treinta mil vecinos. Tienen, señor, en ella, muy maravillosas casas y mezquitas, y oratorios muy grandes y muy bien labrados»; «de la gente de guerra no salía ninguno a donde pudiese recibir daño, aunque los veíamos estar encima de las azoteas cubiertos con sus mantas que usan»; «[Mexicalcingo] vino a mí muy secretamente una noche y me trajo cierta figura en un papel de lo de su tierra; y queriéndome dar a entender lo que significaba [...]». Cortés rehúye el empleo de *cue*, de *escaupil* y de *amate* porque nada dicen; mientras que Bernal rehila su emoción cuando designa las cosas más insignificantes o más entrañables: *totoloque* 'un juego', *xihuaquetlan* 'cierta hierba', *chia* 'salvia', *cuilo* 'homosexual', *cotara* 'sandalia', *cazalote* 'poleadas de maíz'. La diferencia estaba en el propio alcance de sus escritos: la *Historia Verdadera* es un relato para gentes que han vivido la epopeya y que luego, emocionadamente, dejan los años de paz sobre las tierras nuevas. Los términos menos grandiosos son los que hablan con voz inequívoca a esos conquistadores que aún viven y que se identifican en las menudencias del quehacer cotidiano. Cortés no, escribe para quienes nunca entendieron la gigantesca aventura y para quienes nada había de decir una realidad exótica. Entonces, cualquiera que sea la cultura que aprendió en Salamanca, bien sabe que el caudillo debe justificar su conducta y deducir las consecuencias que decidieron su actuación. Y piensa en un modelo clásico: César, el héroe que es paradigma de la antigüedad romana, pero que es, también, el modelo de los historiadores en su *Guerra de las Galias* y en su *Guerra Civil*. La fortuna había arrojado unos dados que hicieron a Cortés más grande que a César: Cortés lo supo y no fue remiso al envite: tuvo su gloria en la conquista de México y legó a la posteridad su *De bello gallico* en las *Cartas de Relación*, y en ellas —también— su *De bello civile*, en la victoria sobre Narváez y sus partidarios. El reflejo era perfecto y el caudillo castellano había superado el retrato que se le ofreció como modelo. Seguíamos en los paradigmas renacentistas, pero Bernal había hecho la historia de aquellos hombres ignorados, pero en cuyos hombros se apoyó la grandeza del héroe. Bernal con ello dio vida a la autobiografía moderna.

EL MUNDO AMERICANO DE
 BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Hay un texto ejemplar de Bernal Díaz del Castillo. Bien vale para conocer los límites de asombro inaudito en que los conquistadores se movían: más allá de la tierra que pudieron ensoñar, pero ligados a ella por la creación fantástica de unas narraciones inverosímiles:

No podíamos andar, y los mismos caciques decían a sus vasallos que hiciesen lugar, e que mirasen que éramos teules ['dioses'], que si no hacían lugar nos enojáramos con ellos.

Ni Esplandián, ni Florisel, ni Tirante habían levantando tanto su sueño. Pero esto era poco: más adelante se descorre el telón de fondo. Ya no se puede ponderar. Aquel pobre soldado de Medina del Campo, sudoroso, aspeado, sin resuello, se da cuenta de que está escribiendo una gran página de la historia, pero se contempla en su limitación: no un dios; no, tampoco, un pobre diablo. Se ve en su propia medida en los alcances de su parvedad. Y entonces en el alba primera de aquel mundo que se clareaba para occidente, el soldado cuenta,

Y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Estapalapa. Y desde vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís.

El texto, además de hermoso, es ejemplar. Eran, sí, las inauditas maravillas, pero también la explicación del milagro inefable. «Cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís». El conquistador iba a hacer vida aquel libro de caballerías que sólo existió en la fábula, y la vida la iba a convertir en un paradigma literario. He aquí las primeras consecuencias: por los ojos, desmesuradamente abiertos, entraba un mundo inédito al que había que ir poniendo nombres, pero el oído estaba torpe para oír cuanto no fueran las resonancias de la voz amiga. Este era el primer desajuste: vista y oído quieren recoger un mundo, pero vista y oído vienen ya configurados desde la lejana Castilla. Ven y oyen con Amadís, con el romancero, con el cancionero tradicional. Es difícil dar con el registro que cada cosa posee, porque la voz ya no tiene registros. El conquistador ve, y trueca el nombre; oye, y los ojos se van hacia los recuerdos prendidos en la tierra lejana. Leonard ha

pódigo escribir un bello tratado sobre *Los libros del conquistador*, pero los conquistadores escribieron también sus libros. Estamos con uno de ellos, gracias a él sabemos lo que la nueva realidad había hecho sentir a este hombre que, cuando podía gallear, suspira por una india de buen ver; que, cuando podía con las armas, luchó en ciento diecinueve batallas; que sentía piedad por los indios y que ahora, cargado de años y desengaños, sin luz en los ojos y sin agudeza en el oído, se apresta a escribir una de las más hermosas historias que hayan salido de la pluma de un soldado.

Porque la primera dificultad estaba en dar nombre a lo que, como en un paraíso recién estrenado, todavía no lo tenía en la cultura de Europa. El conquistador se valió de su propio instrumento lingüístico o tuvo que engendrar una especie de mestizaje, el primero y más inmediato: el de recibir la fecundación de la nueva vida. Especie de Adán que descubre la voz para llamar a los seres.

En cuanto a la retórica [de la historia], va según nuestro hablar de Castilla la Vieja, y que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoeadas ni policía dorada, que suelen poner los que han escrito, sino todo a las buenas llanas, y que debajo de esta verdad se encierra todo bien hablar.

Gran lección la del cronista que no sabía latín, ¿para qué lo quería en las Antillas, en el Altiplano, en Yucatán o en Guatemala?, que se diría «idiota sin letras» y que sólo tenía una riqueza: su verdad para contar las cosas a las buenas llanas. Gracias a eso nos dijo lo que vio, y no anduvo haciendo las retóricas de «los que han escrito»; gracias a eso, la inolvidable verdad de lo que va viendo.

Sí, el recuerdo será libresco o de sabiduría ajena, pero es la Castilla que él conoce o las regiones leonesas que —aún— se creen castellanas las que han dado la proporción para que podamos medir su relato: Cholula se parecía a «nuestro Valladolid de Castilla la Vieja» y la loza de barro negro y rojo que fabricaban en la ciudad le traía el recuerdo de Talavera y de Plasencia; el mercado de Tlatelolco le evoca el buen orden del de Medina; como para Cortés, la plaza de Salamanca es reiteradamente motivo de comparación o, al hablar del camino de Tepeaca a Guacachula, le asalta su geografía más entrañable.

Castilla, entrañada en la voluntad de estos hombres, era la presencia física de cada uno de ellos, pero era también la presencia meta-física de una realidad que los indios no compren-

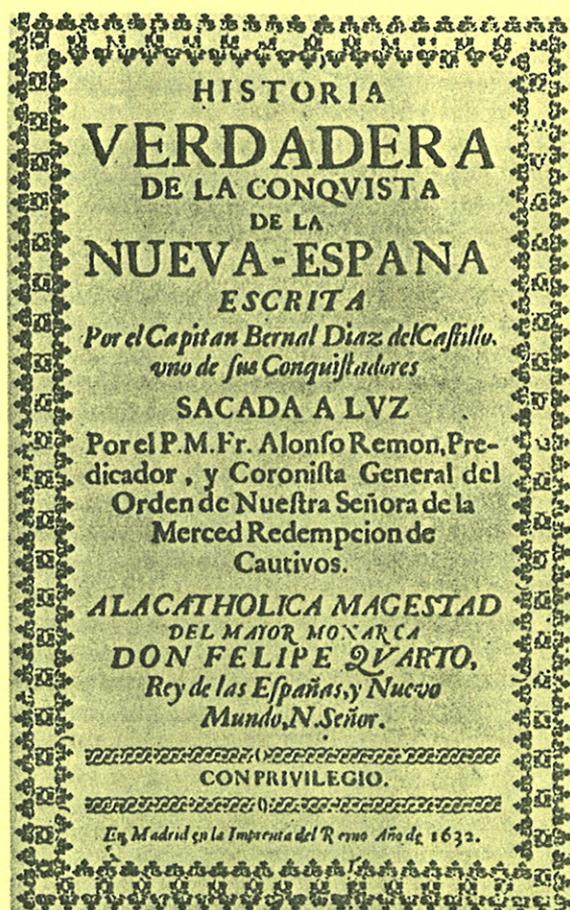
dían y, sin embargo, había quedado clavada en su existencia. La historia es bien sabida y hasta larga de contar, pero en Bernal Díaz es el primer testimonio de la adopción de la palabra exótica entre los indios de Campeche. Un domingo, saltaron los hombres a tierra para hacer aguada; los indios —señalando el levante— decían: ¡*Castilan, castilan!*!, pero nadie hizo caso al grito; sólo un hombre, Cortés, que «en todo ponía gran diligencia». Cortés pensó que aquellas voces de los indios hacían referencia a otros hombres blancos que por ventura estarían en aquella tierra. Sí. Otros hombres blancos les habían precedido en las ruinosas expediciones de Enciso y de Valdivia. Dos supervivientes quedaron: uno Jerónimo de Aguilar, de Écija y ordenado del Evangelio, que fue lengua —y clave— de la conquista. El otro *castilan* se habían aindiado; también primer testimonio de un proceso conmovedor: se habían hecho de la tierra y Castilla ya no operaba sobre su conciencia mortal. Gonzalo Guerrero no quiso volverse con los castellanos, pero su recuerdo en el cronista nos llena de emoción hacia este hombre que va al naufragio como nave al garete.

Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras; idos con Dios, que yo tengo labrada la casa y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mi desque me vean esos españoles ir desta manera! E ya veis estos mis hijicos cuán bonicos son. Por vida nuestra que me deis desas cuentas verdes que traeis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.

Todo se aindiaba: los hombres, los animales, las plantas. Resulta inacabable seguir a Cieza de León en cada uno de los capítulos en que nos cuenta cómo crecen limones, naranjas, uvas, traídos de España. Fue nuestro Bernal quien llevó las primeras naranjas a la Nueva-España. Conste con las escuetas palabras del cronista:

Sembré unas pepitas de naranja junto a otra casa de ídolos, y fue de esta manera: que como habíamos muchos mosquitos en aquel río de Tonalá fuémonos diez soldados a dormir en una casa alta de ídolos, y junto a aquella casa las sembré, que había traído de Cuba, y nacieron muy bien, de allí se hicieron de naranjas toda aquella provincia. Bien sé que dirán que no hacen al propósito de mi relación estos cuentos viejos y dejallo he.

Ahí queda la historia vieja, aunque merezca el recuerdo. Contra todo el aluvión de Castilla que va a llegar, queden esos dos testimonios inversos y bien reales: Gonzalo Guerrero, el



Historia verdadera, edición de 1632

primer español que se aindió, y las naranjas nacidas en la provincia de Pánuco. Porque el soldado que vivía en inciertas zozobras sintió —también— la emoción por la naturaleza. Alguna mano cansada de manejar la espada sembró un día unas rosas que nacieron —abiertas ya al cielo limpio de Méjico— con un nombre mestizo: *Kastillanxochitl*.

LA ADOPCIÓN LINGÜÍSTICA

El cronista oyó. Y nos transmitió cuidadosamente lo que había oído. Unas palabras, las más, tal como él las transcribió así se han perpetuado (*cacaco*, *copal*, *chia*, *chilmole*, etc.), otras han persistido, pero bajo forma o significado distintos (*amal* como *amate*, *masteles* como *mastate*, *quillites* como *quelites*, *chalchiuite* no como 'jade', sino como 'baratija'), otras han desaparecido (*acal*, *nahuatato* 'intérprete de lengua náhuatl', *papa*, etc.) y unas cuantas —por último— jamás se han recogido (*toto-loque*, *xihuaquetlan*). Este variado panorama muestra bien a las claras que el cronista tuvo el don de la observación exacta: no sólo para

narrar en su lengua, sino, también, para aprehender una circunstancia que era harto diversa de la que traía configurada («todo lo que escribo acerca dello pasó al pie de la letra»).

Pero el náhuatl que oye Bernal Díaz del Castillo no es una lengua que se agoste por aquellas calendas, como ocurrió al arahuaco o al taíno. Mereció —o estaba ya mereciendo— los más cuidadosos desvelos de misioneros y frailes estudiosos; ha llegado hasta nosotros. Por eso, de las voces que él transcribe sabemos más que un valor de equivalencia léxica; tras ellas —también— la elaboración de una cultura o la complejidad de una religión. Bastarán unos pocos ejemplos: *jiquipil* es, ciertamente, 'ocho mil', aunque su nombre quiere decir 'bolsa o talega', y es que en el sistema numeral de los náhuas, ocho mil se representaba por una bolsa o talega y se suponía que en ella cabían esos granos de cacao, y el cacao se empleaba como moneda: cuando nuestro cronista vino desastrado de Higüeras, Sandoval le dio «oro e cacao para gastar». *Tatuán* es 'señor' por más que *tlatoani* 'señor de siervos' proceda del verbo *tlatoa* 'hablar', pero es que la cortesía náhuatl impedía hablar a la gente vulgar en presencia de los principales: baste un testimonio de la *Historia Verdadera*: cuando venían a despachar con Moctezuma prisionero, los caciques, por importantes que fueran, se quitaban las ropas preciosas y se ponían otras de henequén antes de pasar a su presencia; entraban descalzos y, con un puntero le señalaban sobre un paño que traían dibujando, cuál era el motivo de su presencia, porque no osaban hablarle.

Una organización teocrática como la azteca por fuerza tendría que informar algunos aspectos del vocabulario: el pegujal de nuestro cronista permite alguna ilustración. Los 'vasallos' se llamaban *maceguals*, voz que procede del náhuatl *maceualli* que tiene el mismo sentido que le da Bernal Díaz; el aztequismo nace de un verbo *macehua* 'hacer penitencia, sufrir'; *macegual* era antiguamente 'hombre' o, etimológicamente, 'el merecido por la penitencia'. Según la mitología del México antiguo la tierra había existido varias veces; en cada una de ellas apareció la especie humana, pero mejorada en las sucesivas creaciones: los primeros hombres fueron hechos de ceniza y el agua los convirtió en peces; los segundos, fueron los gigantes, seres débiles que se destruían fácilmente; los hombres de la tercera edad fueron transformados en pavos; los de la cuarta se convirtieron en hombres-monos. Ahora estamos en la quinta edad: los dioses reunidos en Teotihuacán crearon el quinto sol, la quinta edad, y encargaron a

Quetzalcóatl la restauración del hombre. El dios serpiente-emplumada fue a la región de los muertos; consiguió los huesos de los antepasados; los molió y los puso en un recipiente; después se sangró sobre ellos y, por el sacrificio de Quetzalcóatl, los hombres renacieron; eran *maceguales* 'los merecidos por la penitencia del dios' y estos dos primeros hombres —Oxomoco y Cipactáual— recibieron el maíz en sus labios del propio Quetzalcóatl y supieron cultivarlo y al comerlo se hicieron fuertes.

La lengua de Bernal Díaz del Castillo es permeable a las voces del mundo nuevo. Conformada en unas tierras muy diferentes de las americanas, lucha por adaptarse a la nueva realidad y sigue los caminos del castellano común: emplea los términos patrimoniales para designar conceptos nuevos (*adive* 'coyote', *tigre* 'jaguar', *león* 'puma', *lagarto* 'caimán'), opone el *de la tierra* a *Castilla* o americaniza su contenido (*estancia*, *estero*, *tortilla*). En nada de esto hay novedad. Es el proceso de adaptación. Pero las lenguas indígenas, al tiempo que se hispanizan, van aindiando al español, del mismo modo que la tierra conforma bajo su impronta a aquellas gentes que, cada vez más americanas, van soltando las amarras que las unían con la patria de origen. Es la adopción. Tampoco novedad en ello. Bernal Díaz sigue los barquinazos de nuestra lengua y de nuestra cultura: él es el testimonio impar de los dos procesos. Escribe cuando se alimenta, sólo, de recuerdos y esos largos años vividos hacen que su narración sea un testimonio único. Sus referencias no son apresuradas o cogidas al azar, sino el sedimento de muchos otoños fecundados sobre la misma tierra. Tal es el valor de sus americanismos, oídos mil veces y seleccionados los que la lengua ha aceptado o los que son necesarios para que su expresión no quede mermada de recursos. Creo que esa es su eficacia, ser una experiencia repetida; tan experiencia repetida como la propia existencia. Los procedimientos que humanamente le, y nos, conmueven, son justamente los que dan valor a esa colección de voces americanas. Son las palabras que han quedado incrustadas en la memoria del viejo conquistador, como el nombre de los camaradas —uno a uno en impresionante memento— que quedaron en los puentes de Méjico, que perdieron el corazón en las garras de los sacrificadores, que fueron pas-

tó de las fieras. Con su recuerdo ha salvado las palabras y los hombres, les ha dado el nombre perdurable en la memoria de los que hemos venido después.

RECAPITULACIÓN

El crónista vio y contó: ése fue su gran mérito y ésa fue su originalidad. Saber ver y adecuar la lengua a la narración es —en última instancia— la maestría del hombre que describe, lo que le hace ser artista. Bernal Díaz lo fue en cualquier momento de su obra.

Acaso esa coincidencia que Bernal muestra con lo que ya sabemos de nuestra propia historia lingüística no sea sino testimonio del acierto con que los hechos se han planteado. Pero él, con su larga vida, con el prodigio de escribir a los ochenta y cuatro años, con su memoria increíble, viene a ser como una conciencia viva de la lengua. Y si tenía que evadirse de la realidad, porque la realidad era pobre para contar lo que veía, ahí estaban las grandes creaciones hechas para el pueblo —y por el pueblo—: los libros de caballerías, el romancero, el cancionero tradicional. Y vino a resultar que esta forma de narrar era mucho más directa y mucho más eficaz que la lógica que querían inventar los eruditos. He dicho cómo la maravilla sorprendente de México le hace pensar en Amadís, nadie vacile al ponderar los hechos. Era un mundo de ensueño. Cuando tocaron tierra en la que llamaron la Florida, los sabihondos de la expedición quisieron explicar las cosas

los ídolos de barro y de tantas maneras de figurar, decían que eran de los gentiles. Otros decían que eran de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalén, y que habían aportado en aquella tierra.

El cronista no opina, ni Amadís ni Roldán podrían sacarle de apuros. Más vale que no supiera latín y se dejara de «prólogo y preámbulo con razones y retóricas muy subida». Por eso supo ser fiel a lo que los prodigios le mostraron y su *Verdadera historia* fue —ni más ni menos— el espejo de su lengua, la propia historia de la lengua en unos días en que el español se dilataba más allá de cualquier fantasía.